

Estimados amigos, participantes de la Asamblea de los Pueblos del Mundo

Agradezco a la Cámara Civil de la Federación Rusa por la invitación.

Saludos a las organizaciones sindicales de Rusia.

Vivimos en una época en la que surgen grandes desafíos, riesgos y oportunidades para la clase trabajadora y los pueblos del mundo entero.

Se está desarrollando un proceso de crisis y transición geopolítica, marcado por la descomposición del orden internacional imperialista hegemonizado por Estados Unidos y la agudización de las contradicciones inherentes al capitalismo contemporáneo.

La crisis refleja el declive del poder económico relativo de Estados Unidos y del envejecido Grupo de los Siete, como resultado del desarrollo desigual de las naciones y la desindustrialización en el llamado Occidente. En contraste, observamos el auge de China y los BRICS, fortalecidos y expandidos en sus dos últimas cumbres.

Este movimiento de naciones al margen de los centros imperialistas, liderado por China, está configurando un nuevo orden mundial y ofreciendo perspectivas prometedoras para los países más pobres, oprimidos por el talón neocolonialista del imperialismo. Este es el caso de Brasil y Rusia, dos países fundadores de los BRICS en junio de 2009. El bloque geopolítico ya ha superado al otrora todopoderoso G7, ahora en franco declive. En 2024, la participación de los BRICS en la economía mundial en términos de Paridad de Poder Adquisitivo era de aproximadamente el 35%, mientras que la del G7 era del 30%.

Al analizar el desempeño del sector industrial, pilar de la producción de riqueza y del crecimiento asimétrico del PIB, se observa que la participación de China, en términos de producción bruta, es nada menos que tres veces mayor que la de Estados Unidos, seis veces mayor que la de Japón y nueve veces mayor que la de Alemania. Estos son los indicadores más claros y elocuentes de lo que algunos analistas caracterizan como un cambio en el poder económico y geopolítico de Este a Oeste.

El vertiginoso ascenso económico de China, junto con los BRICS, está transformando la geografía económica y política mundial, creando de forma natural e inevitable una nueva realidad que choca con el orden mundial capitalista establecido en Bretton Woods y allana el camino para un nuevo orden geopolítico. La Nueva Ruta de la Seda y el Banco de Desarrollo de los BRICS son los embriones de este nuevo mundo.

A diferencia de este movimiento, Estados Unidos no quiere renunciar a su hegemonía global y promete hacer todo lo posible para preservarla. Contener el ascenso de China y los BRICS sigue siendo el objetivo principal de la política exterior del imperio, que se está mostrando especialmente agresiva en América, donde los imperialistas de Washington consideran una extensión de su propio territorio (gran parte del cual les robaron a México) o incluso un simple patio trasero.

Donald Trump amenazó con imponer aranceles del 100% a los productos de los países BRICS que se atrevan a desafiar la hegemonía del dólar. Habló de retomar por la fuerza el Canal de Panamá porque había sido cedido al control de Pekín. Impuso aranceles del 50% a las exportaciones brasileñas y sancionó a jueces del Tribunal Supremo con el pretexto de defender al golpista Jair Bolsonaro, un político neofascista que acaba de ser condenado a 27 años y tres meses de prisión por delitos contra el Estado de derecho democrático. Envió buques de guerra

a las costas de Venezuela para chantajear e intimidar al gobierno de Maduro y a todos los líderes latinoamericanos que no siguen la misma estrategia imperialista.

El líder de la Casa Blanca imagina que, con amenazas, bravuconería y proteccionismo, revertirá el declive histórico del capitalismo estadounidense. Lo cierto es que esto no hará que Estados Unidos "vuelva a ser grande", como pretende Trump, pero sin duda agrava la actual crisis geopolítica, que evoluciona entrelazada con las depresiones cíclicas de la economía global y que aún parece lejos de resolverse. Por estas razones, la transición hacia un nuevo orden geopolítico es todo menos fluida y pacífica. Asistimos a la radicalización de las luchas de clases y a las tensiones y conflictos internacionales; a la exacerbación de la concentración y centralización del capital y la renta; a la creciente polarización social y política; al fracaso del neoliberalismo; al colapso de las instituciones que configuran la democracia burguesa, secuestradas y corrompidas por el poder económico; al surgimiento de una nueva y peligrosa carrera armamentista que aviva las tensiones internacionales y resucita el espectro de la guerra nuclear.

En este contexto crítico, también presenciamos el resurgimiento y auge del neonazismo en gran parte del mundo, alimentado por la xenofobia, la misoginia y la exacerbación de la explotación de la clase trabajadora y la opresión de los pueblos y las naciones, especialmente de los más pobres y vulnerables. Último recurso de un capitalismo en crisis, el neonazismo invita a la barbarie y a la negación de la civilización, y es especialmente cruel hoy en día con los trabajadores inmigrantes en Estados Unidos y Europa.

Enfrentar y derrotar a la extrema derecha es hoy, y probablemente seguirá siendo en los próximos años, el principal desafío que enfrentan las fuerzas democráticas y progresistas, incluyendo los sindicatos de clase, en América Latina y otras regiones del mundo.

En Brasil, la turba neonazi liderada por el golpista Jair Bolsonaro desempeña el innoble papel de quinta columna del imperialismo, alentando y apoyando descaradamente la ofensiva neocolonialista de Donald Trump contra Brasil. Defiende una agenda neoliberal entreguista, anti obrera y antipatriótica, como lo demuestra el comportamiento de la familia Bolsonaro en respuesta a la imposición de aranceles del 50% a las exportaciones brasileñas.

Estas fuerzas reaccionarias y neonazis representan los intereses y la ideología de los grandes capitalistas. Constituyen la oligarquía financiera contemporánea, cuyo principal y más rentable negocio son las grandes tecnológicas, llamadas de "Big Techs".

Este escenario histórico, ya de por sí dramático, se ve agravado por la crisis climática, que avanza en medio de un caos global con escasas esperanzas de solución en el marco del sistema capitalista.

El genocidio en la Franja de Gaza continúa, con la complicidad y el apoyo de la administración Trump. El primer ministro israelí, Benjamín Netanyahu, un neonazi, sigue chantajear a los habitantes de la ciudad y utilizando la hambruna como arma de guerra con impunidad, bloqueando la entrada de ayuda humanitaria y asesinando a personas inocentes. Herzl Halevi, jefe del ejército israelí, estimó que el número de víctimas del genocidio en Gaza supera las 200.000.

La guerra indirecta de Estados Unidos y la OTAN contra Rusia tampoco ha encontrado solución. El conflicto tiene sus raíces en la ambiciosa y amenazante expansión de la OTAN hacia Europa del Este tras la destrucción de la Unión Soviética en 1991, como el propio Trump reconoció.

Entrelazadas con la crisis geopolítica, las contradicciones sociales y económicas del sistema capitalista se están agravando, impulsadas por el crecimiento de las fuerzas productivas. La apropiación capitalista de las ganancias generadas por el aumento de la productividad laboral profundiza la devaluación de la clase trabajadora cuando, bajo otras relaciones sociales, podría facilitar una reducción de la jornada laboral sin reducir los salarios.

En estas circunstancias, el desempleo y la precariedad están en aumento, en particular la llamada «uberización», que implica la pérdida de derechos, el aumento de la jornada laboral y la reducción de los ingresos de los trabajadores.

Esto no ha sido la excepción, sino la regla en los países capitalistas, donde la centralización del capital y la concentración del ingreso han alcanzado proporciones alarmantes. Las estadísticas de la ONU indican que aproximadamente 673 millones de personas en todo el mundo padecían hambre en 2024, lo que representa el 8,2 % de la población mundial.

En conjunto, estos hechos demuestran el agotamiento del orden imperialista internacional liderado por Estados Unidos, con el apoyo del decrépito Grupo de los 7.

La historia ha puesto en la agenda la lucha por la defensa de la soberanía nacional, contra el imperialismo, y por un nuevo orden mundial basado en el multilateralismo y orientado a la resolución pacífica de las disputas internacionales, el desarme nuclear y el desarrollo soberano y compartido de los pueblos.

La transición hacia un nuevo orden geopolítico ya no es un mero deseo, sino un movimiento objetivo ya en marcha, a pesar de la nefasta reacción del imperialismo en el llamado Occidente.

El movimiento obrero debe adquirir una clara conciencia de esto, a fin de prepararse y capacitarse para intervenir en este proceso, impidiendo que los intereses de la clase trabajadora sean ignorados y pisoteados, e impidiendo que el nuevo orden emergente reproduzca las relaciones sociales e internacionales características del capitalismo y el imperialismo.

También es importante recordar y aclarar a la clase trabajadora que la barbarie es el destino al que el capitalismo conduce a la humanidad y que el socialismo es la única alternativa civilizadora.

Quisiera concluir mi intervención reiterando la solidaridad del sindicalismo clasista con el pueblo y el gobierno revolucionario de Cuba contra el criminal bloqueo imperialista impuesto por Estados Unidos; nuestra solidaridad con Venezuela; nuestro pleno apoyo a la heroica resistencia del pueblo palestino ante el Estado terrorista de Israel; nuestro repudio al genocidio y la defensa del Estado de Palestina; y nuestro apoyo a una solución justa al conflicto en Europa del Este; y la justa lucha del pueblo saharauí y del Frente Polisario por la independencia nacional.

¡Muchas gracias!